

## MIGRACIÓN: UNA HUMANIDAD SIEMPRE EN MOVIMIENTO

*Jorge Costadoat, SJ<sup>1</sup>*

La humanidad siempre ha estado en movimiento por diferentes causas. Hoy la migración también tiene rostros, nacionalidades y reconfiguraciones específicas. Para comenzar, les agradezco su atención y las/os invito a mirar la imagen que está proyectada en la pantalla: es Gustavo Gutiérrez, de quién recientemente celebramos su pascua eterna, y quien tiene una enorme importancia para la Iglesia latinoamericana, por lo que significa la opción por los pobres y la posibilidad de comenzar a pensar adultamente como Iglesia; pues por mucho tiempo hemos dependido intelectual e ideológicamente de Europa. Pero desde el Concilio Vaticano II en adelante, nuestros obispos y todo el pueblo de Dios hemos comenzado a levantar la cabeza y a darnos cuenta de que podemos pensar como adultos. Y esta es una convicción profunda de Gustavo Gutiérrez, que se resume en la pregunta: ¿Cómo decirle al pobre que Dios lo ama? Aparece en uno de sus libros y la declina de distintas maneras. Dice: ¿de qué manera hablar de Dios, de un Dios que se revela como amor en una realidad marcada por la pobreza y la opresión? ¿Cómo anunciar el Dios de la vida a personas que sufren una muerte prematura e injusta? ¿Cómo reconocer el don gratuito de su amor y de su justicia desde el sufrimiento del inocente? ¿Con qué lenguaje decir a los que no son considerados personas que son hijas e hijos de Dios? Estos son los interrogantes fontales de la teología, que surgen en América Latina y, sin duda, también en otros lugares del mundo, donde se viven situaciones semejantes.

Esta pregunta hoy, desde este panel, podría hacerse en estos términos: ¿Cómo decirle a los migrantes que Dios los ama? La pregunta tendría que provocarnos un mínimo de vértigo. Con mucha autoridad podemos decir que Dios los ama cuando están al otro lado de las fronteras rezando. Las/os migrantes, hombres, mujeres, niños, que a lo mejor están aprendiendo a rezar en la frontera con la expectativa de poder pasarla y tener una vida mejor, más digna. Las/os migrantes son personas, son hijas e hijos de Dios, son cristianos. Rezan, piensan, son sujetos. Y eso ¿quién lo considera?

---

<sup>1</sup> Jesuítas chileno (1958). Centro Teológico Manuel Larraín. Pertenece a la Pontificia Universidad Católica de Chile. Publicaciones: Trazos de Cristo en América Latina (2010). Francisco: un papa que mira lejos (2017). Jesús, antes y después de Cristo (2019). Pertenece al Equipo de Teólogos Asesores de la Presidencia de la CLAR y a la Comisión de Personas Migrantes, Refugiadas y Desplazadas de la CLAR.

Si este no es el punto de partida de nuestra práctica cristiana, todo lo demás no es más que un ideologismo, una autosalvación, y la teología no viene al caso. La teología viene al caso cuando es pertinente a realidades humanas que reclaman una palabra de Dios. Entonces, a mí me parece que sí viene al caso, en esta reflexión porque se trata de hacernos cargo y aplicar esta pregunta a la realidad de los migrantes, y de las migrantes. Es una pregunta que, además, la asumen otras teólogas/os en América Latina.

Hay otra pregunta, que también viene de un teólogo que conviene recordar: Juan Luis Segundo. Tanto Gutiérrez como Segundo hacen estas preguntas que marcan a las demás teólogas/os. Juan Luis Segundo dice: el asunto no es si creemos en Dios o no creemos, el asunto es ¿cuál es la imagen de la cual se sigue tal o cual praxis, práctica cristiana, tal cristianismo? Este teólogo va a enrielar, por decirlo así, a las/os demás teólogas/os de la liberación latinoamericana en el trabajo de descubrir cuáles son las imágenes de Dios que liberan y cuáles son las imágenes de Dios que oprimen. Entre estos dos planteamientos sobre el tema de Dios, se ubica el origen y el desarrollo de la teología.

Las migraciones forzadas es el tema para abordar ahora. Pero yo no soy autoridad en la materia. Soy teólogo de escritorio. Estoy en la comisión de Migrantes, Refugiados y Desplazados de la CLAR, con María Eugenia Vázquez, que no puedo llegar, y otros más. La migración es una realidad que miro a la distancia, pues no estoy dentro. Salvo cuanto puse un tuit y dije que las/os migrantes son gente buena, honrada, trabajadora y que son un gran aporte a Chile. Con esa afirmación saltaron unas 50.000 reacciones, muchas de ellas en contra. Pero no todas.

Lo que yo puedo decir tiene que ver con la teología. Y puedo afirmar que la migración es uno de los signos de los tiempos, aquí y en todos los lugares del mundo. Y los cristianos tenemos conciencia de que es un fenómeno que Dios no puede aceptar más en los términos que se está dando, pues son términos inhumanos. La tierra es de todos, es del Creador, pero la hemos dividido por diversas causas, a veces para organizar cómo poseerla, pero la propiedad privada es un concepto muy posterior y distante del proyecto de Dios.

Debemos reconocer que éste es un tema complejo, porque en un país en muchas ocasiones no están preparados para acoger más gente. Es un problema real que, a veces, genera dificultades. No siempre hay suficiente capacidad hospitalaria o empleos disponibles. Es un desafío que requiere legislación y soluciones a largo plazo. No es sencillo, pues está directamente vinculado a otros problemas, como la trata: personas que

son traficadas a través de las fronteras, que caen en la explotación sexual y terminan en situaciones de extrema miseria. Son seres humanos que, por lo general, huyen de la pobreza, de la miseria, y están marcados por tensiones políticas y geopolíticas.

Actualmente, la migración sigue siendo un fenómeno global, especialmente del sur al norte. Las/os migrantes buscan llegar, principalmente, a Estados Unidos. Sin embargo, el presidente electo de ese país ha declarado que expulsará a todas las/os inmigrantes ilegales. ¿Qué significa esto? Personas que ya han invertido todo lo que tienen, que llegan a otro país y, ahora, se les dice que serán expulsados. Es una situación atroz, humanamente desgarradora, y todo parece indicar que este fenómeno aumentará. ¿Por qué? Porque la situación medioambiental no mejora. No hay acuerdos ni medidas suficientes. Las grandes sequías y las hambrunas seguirán empujando a más personas a buscar un lugar donde vivir. Además, las guerras también generan enormes flujos de refugiados. Este fenómeno está destinado a crecer. Frente a esto, la apelación al cristianismo, al amor cristiano, y, especialmente a nosotras/os, como cristianos, es fundamental. Es impresionante ver cómo, desde aquí, todos podemos contribuir.

Cuando uno piensa en todo esto, a veces lo imagina como algo pequeño e insignificante. Sin embargo, estas pequeñas luces, al unirse, forman un gran resplandor. Es asombroso lo que podemos lograr en América Latina, con una visión centrada en las/os más pobres. Hay un clamor al que debemos responder. Existen instituciones y redes, como la CLAR, que están haciendo su parte. Hay ciudadanos cristianos en muchos países que, lejos de rechazar a las/os migrantes, los acogen. Esto es algo que debemos reconocer y valorar. Las/os migrantes no siempre son rechazados; a menudo, son bien recibidos por las comunidades locales, y eso es importante tenerlo en cuenta.

Es un problema complejo, pero también hay muchos cristianos dispuestos a acoger a las/os migrantes. Lo más importante, sin embargo, son los propios migrantes. Ellos son los primeros protagonistas de esta tragedia y merecen nuestro máximo respeto. La lucha de las/os migrantes por un futuro mejor no debe ser vista como algo negativo. Son personas, como mencionó recientemente Sandra, que rezan y luchan por salir adelante.

Si se trata de responder a la pregunta de Gustavo Gutiérrez sobre cómo decirles a las/os migrantes que Dios los ama, la respuesta más auténtica proviene de las/os mismos migrantes y de aquellos que les ayudan. La verdadera praxis cristiana no deja lugar a la desesperanza. En una conferencia reciente de Gutiérrez, que estuve editando, él dijo que la

esperanza proviene del amor, de la práctica del amor. Si no hay amor, no hay autoridad para hablar de esperanza. Esto es lo que nos queda a nosotros. Podemos ofrecer esperanza en la medida en que generemos condiciones de justicia, amor y solidaridad, que son las que realmente provocan esperanza. A veces somos pequeñas luces, pero ahí estamos, haciendo nuestra parte.

Por último, algo muy importante que Gutiérrez señala es que las/os migrantes son personas inocentes, y esto debe ser defendido con todo lo que tenemos. Pudieron haber cometido errores en sus países, haberse comportado mal en su familia, pero en el contexto de la migración, son personas completamente inocentes, y esto debe ser defendido. El reclamo de una persona inocente es, en última instancia, un reclamo contra Dios, no solo contra los demás. Por eso, la pregunta de Gutiérrez es tan profunda. Él hace una referencia a la historia de Job, quien, a pesar de ser acusado injustamente, clamó por su inocencia. Y debemos creerle a las/os migrantes cuando dicen que son inocentes. Son personas, no cifras.